

El rostro de la recuperación

La recuperación económica no está por dar vuelta a la esquina, y súbitamente dejarnos contemplar su rubicunda faz. Por ahora permanece lejos, y escondida. Para encontrarla, naturalmente, tenemos que conocer qué cara tiene. Es lo que queremos conjeturar en este artículo.

Su fisonomía, eso lo sabemos, se compone de rasgos exógenos y endógenos. Los primeros son los que escapan a nuestra esfera de acción, cosas como la recuperación en Argentina (componente A-1) y en Brasil, y en las economías occidentales. Nada en este terreno parece muy promisorio.

Esto no significa que nuestra propia recuperación sea inencontrable, sino solamente que lucirá menos robusta de lo que aparecería en un entorno regional y mundial más propicio. Paciencia. Que venga de todos modos, aunque sea algo menos rozagante, a reemplazar a nuestra triste y demacrada compañera del último año y medio.

Una prosperidad alimentada sólo con nutrientes endógenos —los que nosotros podemos manejar— podría con todo revelarnos algunas facciones atractivas, tales como algún crecimiento económico y la reversión de la tendencia en materia de paro forzoso.

La primera sesión con el identikit debe servir para excluir a algunos falsos pretendientes a ser reconocidos como el personaje buscado. Debemos descartar a todos aquéllos que se presenten ostentando en su atuendo una fuerte expansión del gasto público con fines reflacionistas. Ninguno de ellos puede ser la figura esperada. Ni tampoco si una gran expansión del crédito interno forma parte de su garbo. Habrá

que cularse de los macroeconomistas agresivos, que blandiendo sus crudas versiones del modelo ingreso-gasto, quieran hacernos aceptar por buenos a esos impostores. La expansión inmoderada del gasto, o la del crédito interno, que en nuestra actual condición viene a ser la misma cosa, hará saltar la tasa real de interés, vía las expectativas de depreciación del peso, y resultará básicamente contractiva. Keynes no habría pretendido otra cosa.

Muchos sostendrán que la prosperidad no podrá parecerse a un guerrero sioux, de cuyo cinto penden numerosas cabelleras, de empresas inmoladas por la crisis económica, y por su última vuelta de tuerca cambiaria. Este es un punto difícil. Hemos oído versiones plausibles, y como tal impresionantes, del género apocalíptico aplicado a nuestra actualidad económica. Nosotros creemos, y esperamos, que esas versiones exageren. Por de pronto, no conocemos casos en la historia, en los cuales, dadas las condiciones para una recuperación, ésta no haya podido ponerse en marcha porque el número de compañías quebradas en la última fase contractiva fuera muy alta. Más bien las recuperaciones tienden a ser más vigorosas, y más propicias a reducir pronto el paro obrero, porque el número de empresas que participen de ella en cada industria sea menor, y el conjunto sobreviente sea más eficiente. ¿Y el costo del holocausto, en términos humanos? Eso es otra historia, de la que habrá que ocuparse en otra oportunidad.

Nosotros además intuimos con bastante nitidez que si el gobierno propicia un ambiente en que el reparto de las pérdidas que el país ha

sufrido sea un tema indefinidamente abierto al debate y a la acción de los lobbies, nuestra recuperación va a mantenerse esquiva.

La recuperación, en una palabra, y entrando a la identificación positiva, es una dama que odia los forcejeos, adora la racionalidad, revive con la información y se deja conquistar por la previsibilidad. Cuando recobremos estas virtudes, la veremos una vez más entre nosotros.

Dados los factores exógenos, existe un complejo de precios relativos, incluso ingresos reales, que debe ser compatible con un alto nivel de empleo (5-6 o/o de paro). Nada más que un complejo de precios relativos. Uno de los desalineados, el tipo real de cambio, va a volver a la línea rápidamente. Los ingresos reales, incluso el salario real, están más altos de lo que el contexto internacional permite, pero ellos van a ordenarse en el nivel justo de manera espontánea, pese al aumento salarial del 15 o/o desacertadamente dispuesto para enero. Falta la tasa real de interés. Si ésta sencillamente se reprime no pasará nada. La tasa real de interés que importa es un verdadero compendio de variables, que exceden largamente del ámbito financiero, y que escapan sin dificultad a la represión en la mayor parte de su vasta órbita. Una tasa real de interés elevada es síntoma del estado de las expectativas. Una tasa de interés razonable es el fruto de la confianza. Cuando ésta reine, cuando la atmósfera se libere de brumas, cuando una tasa real de interés adecuada corone la constelación de precios relativos de equilibrio, veremos a la recuperación hacer su entrada, con razonable vigor, al recinto de nuestra economía.